

CAPÍTULO III

La libertad de la prensa en los Estados Unidos.

Dificultad de restringir la libertad de la prensa.—Razones particulares que tienen ciertos pueblos para contener esta libertad.—La libertad de la prensa es una consecuencia necesaria de la soberanía del pueblo, como se la entiende en América.—Violencia del lenguaje de la prensa periódica en los Estados Unidos.—La prensa periódica tiene tendencias que le son propias.—El ejemplo de los Estados Unidos lo prueba.—Opinión de los americanos á cerca de la represión judicial de los delitos de la prensa.—Por qué la prensa es menos poderosa en los Estados Unidos que en Francia.

La libertad de la prensa no hace sólo sentir su poder sobre las opiniones políticas, sino sobre toda clase de opiniones. No sólo modifica las leyes, modifica también las costumbres. En otra parte de esta misma obra, procuraré determinar el grado de influencia que ha ejercido la libertad de la prensa sobre la sociedad civil en los Estados Unidos; haré por determinar la dirección que ha dado á las ideas y los hábitos que ha impreso al espíritu de los yanquis. Pero en este momento no quiero examinar más que los efectos producidos por la libertad de la prensa en el mundo político.

He de hacer constar que no soy partidario de la prensa con ese afecto completo é instantáneo que se concede á las cosas soberanamente buenas por su naturaleza; sino por la consideración de los males que impide, más bien que por los bienes que hace.

Si alguien me mostrara un término medio entre la completa libertad de la prensa y su servidumbre, me detendría en él; pero ¿quién podrá señalar una posición intermedia semejante? Huís de la licencia de la prensa y os dirigís hacia el orden, ¿y qué pasa? Que sometéis previamente á los periodistas á los jurados; pero si éstos no hallan materia penable, lo que antes no era más que la opinión de un individuo aislado, se convierte ahora en opinión del país. Habéis, pues, hecho mucho y poco; es necesario continuar la obra: entregáis los autores á los magistrados permanentes; pero los jueces tienen que escuchar antes de condenar, y aquéllo á lo cual se le temió, dicho en el libro, se proclama impunemente en la defensa y así, lo que se dijo obscuramente en algún escrito, viene á ser repetido en otros mil. La expresión es la forma exterior, y si puedo así decirlo, el cuerpo del pensamiento; pero no es el pensamiento mismo. Vuestros tribunales condenan el cuerpo, pero el alma se les desliza y escapa entre las manos. Habéis hecho, pues, mucho y poco; hay necesidad de proseguir la marcha. Abandonáis á los escritores á la previa censura, ¡muy bien!, lo aprobamos. Pero ¿la tribuna política no es libre? ¿no habéis hecho nada entonces con esto? Si no me equivoco habéis aumentado el mal. ¿Tomáis acaso el pensamiento por una de las potencias materiales que aumentan con el número de sus agentes? ¿Contaréis á los escritores como pudiérais hacer con los soldados de un ejército? Al revés de lo que pasa con las potencias materiales, aumenta con frecuencia el poder del pensamiento con la pequeñez del número de aquéllos que lo expresan. La palabra de un hombre considerable que se deja escuchar en medio de una asamblea silenciosa, es de mucho más efecto que los gritos confusos de mil oradores; y por muy poco que sea posible hablar en un lugar público, se logra tan eficaz resultado como si se hablara privadamente en muchas poblaciones. Es necesario, pues, destruir la libertad de hablar y la de escribir; esta vez habéis triunfado: todos enmudecen; pero ¿á dónde habéis ido, así, á parar? ¡Partistéis del abuso de la libertad hecho por la prensa y os halláis bajo los piés de un déspota. Habéis ido desde la extrema independencia, hasta la extrema servidumbre, sin hallar en todo el trayecto ni un punto sólo en el cual hayáis podido deteneros!

Hay pueblos, respecto á los cuales, á parte las razones gene-

rales que acabamos de exponer, se podrían citar otras muchas particulares relativas á la libertad de la prensa.

En ciertas naciones, que se tienen por libres, todos los agentes del Poder público pueden violar la ley, sin que la constitución del país dé á los atropellados por ello el derecho de quejarse ante los tribunales, por los desmanes de tal índole. En estos pueblos, no sólo hay que considerar la independendencia de la prensa como una garantía de la libertad y la seguridad de los ciudadanos; sino como la única garantía que resta en favor de estos bienes.

Si los gobiernos de tales naciones trataran de quitar la libertad á la prensa, les dirían los ciudadanos: Dejad que nos querellemos ante los tribunales de justicia, de vuestros delitos y acaso entonces consentiríamos en no acudir ante el tribunal de la opinión.

En el país donde reina el dogma de la soberanía del pueblo, la previa censura no sólo es un peligro, sino un gran absurdo.

Cuando se concede á todos los ciudadanos y á cada uno de ellos el derecho de gobernar la sociedad, hay que reconocerle el de elegir para orientarse, las opiniones que estimen conveniente de las que se agitan entre sus contemporáneos y que crean que les pueden servir para guiarse.

La soberanía del pueblo y la libertad de la prensa son, pues, dos cosas enteramente correlativas; la censura y el sufragio universal son, por el contrario, dos cosas que se contradicen, y no pueden hallarse juntas por mucho tiempo en la constitución política de un mismo país. Entre los muchos millones de hombres que habitan el territorio de los Estados Unidos ni á uno sólo se le ha ocurrido aún pedir la represión de la prensa. El primer periódico que cayó en mis manos á mi llegada al continente americano, contenía el siguiente artículo, que traduzco fielmente:

«En todo este asunto, el lenguaje usado por Jackson (el presidente), ha sido el propio de un déspota sin corazón, atento solamente á conservar su poder. La ambición es su delito, y en ella misma encontrará su castigo algún día. Es intrigante por vocación, y la intriga confundirá sus propósitos y le arrancará el poder. Gobierna mediante la corrupción, y sus culpables manejos se convertirán al fin en su confusión y su vergüenza. Se manifiesta en la palestra política como un jugador impúdico y sin freno. Él prospera; más está cercana la hora de la justicia. Pronto le hará ésta

entregar cuanto ha ganado, arrojar lejos de sí su dado triunfador y huir á algún paraje donde pueda blasfemar libremente contra su locura, porque el arrepentimiento no es virtud que pueda sentir su corazón jamás».

(*Vincennes Gazette*).

Muchas personas en Francia imaginan que la violencia de lenguaje en la prensa, obedece á la inestabilidad del estado social entre nosotros, á nuestros apasionamientos políticos y al disgusto general que es consecuencia de todo esto. Esperan de continuo ver llegar un tiempo en que, consiguiendo la sociedad un estado tranquilo, la prensa entrará en calma. Yo, en cambio, atribuiría de buena voluntad á las causas indicadas más arriba al extremo ascendiente que la prensa tiene sobre nosotros; pero no creo que influyan mucho en su lenguaje. La prensa periódica, en mi concepto, tiene tendencias y pasiones peculiares, independientes de las circunstancias que la puedan rodear; y lo que pasa en los Estados Unidos me lo confirma.

Es aquel país, acaso, el que, de todos los del mundo, encierra en su seno menos gérmenes de revolución, y sin embargo la prensa tiene las mismas aficiones disolventes que en Francia y la misma virulencia en su lenguaje, sin tener las mismas causas de cólera. La prensa es allí, como aquí, el mismo poder extraordinario, tan extrañamente mezclado de bienes y de males, sin el cual no podría vivir la libertad, y por el cual apenas si se puede mantener.

¿Qué quiere decir ésto? Que la prensa tiene mucho menos poder en los Estados Unidos que entre nosotros. Nada más raro que ver allá un procedimiento judicial seguido contra la prensa. La razón de esto es bien sencilla. Los yanquis, al admitir para entre ellos el principio de la soberanía popular, han hecho la más sincera aplicación del mismo, y no se les ha ocurrido nunca fundar con elementos que cambien todos los días, constituciones de eterna duración. Atacar las leyes existentes, no es delictivo, con tal que no se quiera substraerse á ellas por medio de la violencia.

Los súbditos de los Estados Unidos creen, además, que los tribunales de justicia no son bastante á moderar la prensa, y que la flexibilidad del lenguaje humano, escapando de continuo al análi-

sis judicial, hace que los delitos de esta índole se sustraigan de mil modos á la mano que se tiende para asirlos. Piensan que para poder ejercer alguna acción eficaz sobre la prensa, sería necesario establecer un tribunal que no sólo fuera devoto del orden existente, sino que también pudiera colocarse más allá de la opinión pública que se agitare en torno de él; un tribunal que juzgara secretamente, que sentenciara sin razonar la sentencia, y que castigara la intención más bien que no las palabras. Pero aunque se pudiera establecer y sostener un tribunal así, perdería su tiempo en perseguir la libertad de la prensa, porque sería señor absoluto de la sociedad y podría desembarazarse de los escritores al mismo tiempo que de sus escritos. En materia de prensa no hay término medio, pues, entre la servidumbre y la licencia. Para recoger los bienes inestimables que asegura la libertad de la prensa, hay necesidad de saber someterse á los males inevitables que ella hace nacer. Querer obtener los unos sin soportar los otros, es darse á una de las ilusiones de que se dejan adormecer de ordinario las naciones débiles, cuando fatigadas de luchar y agotadas de fuerzas, procuran hallar los medios de hacer que coexistan en el mismo suelo opiniones enemigas y principios contrarios.

El escaso poder de la prensa en la gran confederación de la América del Norte, obedece á muchas causas, de las cuales he aquí la principal:

La libertad de escribir, como todas las otras, es más temible cuanto más nueva; un pueblo que no ha tratado nunca por sí mismo los asuntos del Estado, cree al primer tribuno que le dirija la palabra. Entre los angloamericanos, semejante libertad es aún más antigua que la colonización misma; la prensa, por otro lado, que tan hábil es para inflamar las pasiones humanas, no puede, sin embargo, crearlas por sí sola, y en América, la vida política es activa, es variada, y agitada si se quiere; pero rara vez aparece turbada por pasiones profundas: es raro que éstas se solivianten mientras los intereses materiales no se hallen amenazados, y en los Estados Unidos tales intereses prosperan. Para estimar la diferencia existente en este punto entre Francia y los Estados Unidos, no hay más que dirigir una mirada á los periódicos de uno y otro país. En Francia, los anuncios comerciales ocupan un espacio reducido, aun las noticias son poco numerosas; la parte

vital de los periódicos franceses, es aquélla en la cual se hallan las discusiones políticas. En América, las tres cuartas partes de cualquiera de sus inmensos periódicos que caiga bajo vuestras miradas, están repletas de anuncios, el resto se halla ocupado por noticias políticas ó meras anécdotas; solo de tarde en tarde aparece, en un rincón poco visible de aquellas hojas, alguna de estas acaloradas discusiones que constituyen casi el pasto diario de los lectores de nuestra prensa.

Todo poder aumenta la eficacia de sus fuerzas á medida que su dirección se centraliza. Esta es una ley general de la naturaleza, que el examen demuestra al observador y que un instinto más seguro aún, ha dado siempre á conocer hasta á los déspotas más templados.

En Francia reúne la prensa dos especies distintas de centralización.

Casi todo su poder se halla concentrado en un mismo punto y, podría decirse así, en unas manos mismas, porque sus órganos se hallan en pequeño número.

Constituída de tal modo la prensa en medio de una nación escéptica, su poder casi no debe tener límites, y es un enemigo con el cual un gobierno puede pactar treguas más ó menos largas, pero frente al cual le es difícil vivir mucho tiempo.

Ni la una ni la otra concentración de que acabo de hablar, existen en los Estados Unidos. Estos no tienen propiamente *capital*. Lo mismo la ilustración que el poder, se hallan diseminados por todas partes en aquella vasta comarca; las luces de la inteligencia, en vez de partir de un centro común, se cruzan en todos sentidos. Los americanos no han puesto la dirección general del pensamiento en parte alguna más que en los negocios económicos, lo cual obedece á circunstancias locales que en nada dependen de los hombres, pero véase á continuación lo que proviene de la ley.

En los Estados Unidos no hay patentes para los impresores, ni timbres, ni registros para los periódicos y es, por último, allí, desconocida la regla de las fianzas.

De todo ello resulta que la creación de un periódico es una empresa sencilla y fácil. Pocos suscriptores bastan para que pueda el diario cubrir su presupuesto. De aquí que el número de perió-

dicos existentes en los Estados Unidos es enorme. Los más inteligentes americanos atribuyen á esta increíble difusión de las fuerzas del periodismo el escaso poder de éste; y es un axioma político en los Estados Unidos, que el único medio de neutralizar el efecto de los periódicos es multiplicar su número. Yo no puedo explicarme cómo una verdad tan evidente no se ha hecho entre nosotros más vulgar aún.

Que aquéllos que quieran hacer una revolución con la ayuda de la prensa, procuren no tener en ella sino pocos y poderosos órganos, me lo explico; pero que los partidarios oficiales del orden establecido y los naturales mantenedores de las leyes vigentes crean atenuar la acción de la prensa concentrando ésta, he aquí lo que no puedo concebir de ningún modo. Los gobiernos de Europa proceden respecto á la prensa de modo análogo á como antiguamente procedían los caballeros, respecto á sus adversarios. Han aprendido por su propia experiencia que la indicada centralización es un arma poderosa, y sin embargo quieren facilitársela á sus enemigos, á fin, sin duda, de que les proporcione más gloria el resistirles.

En los Estados Unidos, quizá no haya ni una modesta población que no tenga su periódico; y se concibe fácilmente que entre combatientes tan numerosos no sea posible establecer disciplina ni unidad de acción, y cada uno es sólo para llevar su bandera. Esto no quiere, sin embargo, decir, que en los Estados Unidos no formen todos los periódicos una fila para atacar la administración, y otra para defenderla, pero la atacan y la defienden por cien medios diversos. Los periódicos no pueden establecer allí una de esas intensas corrientes de opinión que así levantan como destruyen los más poderosos diques. Esta división de las fuerzas de la prensa produce aún otros efectos no menos salientes. Siendo cosa fácil en los Estados Unidos la creación de un periódico, todo el mundo puede tratar de crearlo; por otra parte, hace la concurrencia, que de la publicación de un periódico no se pueda esperar obtener grandes provechos, lo cual impide á las altas capacidades sociales mezclarse en las empresas de esta índole. Que fueran los periódicos fuentes de riqueza como son excesivamente numerosos, y entonces faltarían hombres de talento para dirigirlos. Ocupan los periodistas yanquis, por lo común, poco elevada posición; su educación no está

más que bosquejada, y el sello de sus ideas es casi siempre la vulgaridad; y como en todas las cosas la mayoría hace ley, ella establece ciertas direcciones, con las cuales todo el mundo se acomoda en seguida; cada conjunto de estos modos comunes de ver y obrar, se llama un espíritu; hay el espíritu de barra (1) y el espíritu forense. El espíritu del periodista, en Francia, es el de discutir de una manera violenta, pero elevada y con frecuencia elocuente, los grandes intereses del Estado, y si no sucede así alguna vez, es porque no hay regla sin excepción. En América, el espíritu del periodista es el de atacar groseramente, sin prestancia y sin arte, los sentimientos de aquéllos contra quienes se dirige, y abandonar los principios para agarrarse á las personas, ocuparse de su vida privada y poner al descubierto sus debilidades y sus vicios.

Hay que deplorar abuso semejante del pensamiento. Más tarde tendré ocasión de indagar qué influencia ejerce la prensa periódica en el gusto y la moralidad del pueblo americano; pero, lo repito, ahora sólo me ocupo del mundo político. Hay que reconocer que los efectos de esta manera licenciosa de producirse la prensa, contribuyen al mantenimiento de la tranquilidad pública. De esto resulta, que los hombres que tienen una posición elevada en la opinión de sus conciudadanos, rehuyen el escribir en los periódicos, y dejan así de utilizar el arma sin duda más formidable de que pudieran servirse para remover en su provecho las pasiones populares (2). Resulta, sobre todo, que las opiniones personales expuestas por los periodistas no son, por decirlo así, de ningún peso, á los ojos de los lectores. Lo que buscan éstos en los periódicos es el conocimiento de los hechos, y como puede el periodista darle alguna influencia á su opinión es alterándolos y desnaturalizándolos.

Aun reducida á tan escasos recursos, la prensa tiene un gran poder en América: hace circular la vida política en todos los ám-

(1) Es decir, en contraposición al espíritu del foro ó forense.—
(N. del T.)

(2) No escriben en los periódicos, sino en los casos excepcionales en que quieran dirigirse al pueblo y hablarle en su propio nombre; cuando, por ejemplo, se han propagado imputaciones calumniosas contra ellos, y desean restablecer la verdad.

bitos del inmenso territorio de la Unión. Ella es la que pone sin cesar al descubierto los secretos resortes de la política, y obliga á los hombres públicos á comparecer, cuando corresponda, ante el tribunal de la opinión. Ella es la que anuda los intereses á las doctrinas y formula el símbolo de todo partido político que nace; y mediante ella es como éstos hablan el lenguaje común á todos sus miembros, y como tales miembros se entienden y conciertan sin verse, ni oirse, ni conocerse los unos á los otros. Cuando un gran número de los órganos de la prensa concurre en marchar hacia una misma dirección, su influencia, á la larga, se hace casi irresistible, y la opinión pública, atacada ó estimulada por un mismo lado, acaba entonces por ceder á sus golpes.

En la gran confederación americana, tiene cada periódico, de por sí, poca fuerza; pero la prensa periódica es en su conjunto el más poderoso instrumento para influir en el pueblo (A).

Las opiniones que se establecen bajo el imperio de la libertad de la prensa en los Estados Unidos son sin embargo más tenaces que las que se forman en los demás países bajo la influencia de la censura.

En los Estados Unidos, la democracia lleva sin cesar nuevos hombres á la dirección de los negocios públicos. El gobierno pone, pues, poco en serie y en orden sus disposiciones. Pero son más estables los principios generales de gobierno que en otros muchos países, y son más durables las opiniones principales que rigen la sociedad. Cuando una idea se ha poseído del espíritu del pueblo americano, ni que sea justa y racional, ni que no lo sea, resulta difícilísima de desarraigarse.

El mismo hecho se ha observado en Inglaterra, el país de Europa donde durante un siglo ha reinado la mayor libertad posible de pensar, juntamente con los más arraigados prejuicios.

Atribuyo tal efecto á la causa misma que á primera vista parece que debería impedirle de producirse: á la libertad de la prensa.

Los pueblos donde existe tal libertad, se apegan á sus opiniones, por orgullo, tanto como por convicción. Las aman porque les parecen justas y también porque son de su elección; las tienen, no sólo como una cosa cierta, sino que también como una cosa propia.

Hay otras muchas razones. Un gran hombre ha dicho que *La ignorancia se halla en los dos extremos de la ciencia*. Tal vez hubiera sido más cierto decir que las convicciones profundas sólo se hallan en dichos dos extremos y en medio la duda. Se podría considerar la inteligencia humana en tres estados diferentes y sucesivos: 1.º, el hombre cree firmemente, porque adopta sin profundizar; 2.º, duda cuando las objeciones se presentan, y 3.º, se pone á resolver todas sus dudas y vuelve á empezar á creer. Esta vez no ha de asirse á las verdades al acaso y entre tinieblas, sino que las distingue con claridad y se dirige hacia ellas guiado por su luz (1).

Cuando aparece la libertad de imprenta hallándose los hombres en el primer Estado, les deja todavía por mucho tiempo el hábito de creer firmemente, sin reflexionar; sólo ella les cambia de continuo el objeto de sus creencias irreflexivas, sobre todo el horizonte intelectual, el espíritu del hombre continúa viendo un punto solo, pero éste varía sin cesar; esto es lo más favorable para engendrar las revoluciones súbitas. ¡Desgraciadas las generaciones de un pueblo que admiten, las primeras, de golpe, la libertad de imprenta!

Pero pronto el círculo de ideas nuevas es recorrido. La experiencia se va abriendo camino y el hombre acaba por caer en desconfianza general y completa duda.

(1) No sé, si aún esta convicción reflexiva y dueña de sí misma, podrá elevar al hombre al grado de ardor y devoción que inspiran las creencias dogmáticas (*).

(*) Según los que creen que el carácter, así de los individuos como de las stirpes y los pueblos, es efecto de múltiples y complejas acumulaciones hereditarias, mientras la nueva idea no llega á poseer el ánimo del hombre, constituyendo creencia, no provocará los apasionamientos á que el autor alude. Lo que sucede con frecuencia es que muchos que aparecen como verdaderos convencidos y fervorosos de una idea, no lo son en realidad, sino que entienden que sirviéndola conseguirán realizar aspiraciones que ocultan, ó de las cuales ni ellos mismos quieren darse clara cuenta. De modo que puede parecer que los hombres han cambiado de creencias, cuando en verdad no han cambiado más que de camino para realizar las que ya tenían y que constituyen la fuerza de su carácter. La reflexión puede hacernos sumisos de una idea ó de la autoridad mental de otros, pero no *convencidos*. ¡Cuántas veces podríamos decir, te sigo, pero no te creo, al servir ideas determinadas!—(N. del T.)

Se puede asegurar que la mayoría de los hombres se hallan siempre en uno de estos dos estados: ó creerán sin saber por qué, ó no sabrán qué es lo que han de creer.

Mas solo á los esfuerzos de un número reducido de hombres les será dado conseguir aquella convicción reflexiva y dueña de sí misma, que nace de la ciencia y se eleva aun en medio de las agitaciones de la duda.

Se ha observado que algunas veces en los períodos de fervor religioso los hombres cambian de creencias, mientras que en los de duda cada uno guarda obstinadamente su creencia. Esto es lo que ocurre en la política bajo el predominio de la libertad de la prensa. Siendo entonces analizadas una tras otra y combatidas todas las teorías sociales los que han aceptado una cualquiera de ellas, la conservan y defienden, no tanto porque se hallen seguros de su bondad, cuanto porque no lo están de hallar alguna mejor (1).

En estos períodos nadie se deja fácilmente matar por sus creencias, pero no se las cambia, y así es que en ellos hay menos mártires, pero también hay menos apóstatas.

Añadid á esto una poderosísima razón: en la duda sobre las opiniones, los hombres acaban por abandonarse á los instintos y á los intereses materiales, los cuales son más visibles, más fáciles de asir y más permanentes para su naturaleza, que las opiniones.

Es una cuestión muy difícil de solucionar la de saber cuál gobierno es mejor, si el de la democracia ó el de la aristocracia; pero es claro que la democracia aflige á la aristocracia y la aristocracia oprime á la democracia.

Es una verdad evidente por sí misma y que no da lugar á que se la discuta: los unos son ricos, pues los otros son pobres.

(1) Necesitan los hombres tener una creencia suprema, una *creencia madre*, que caldee y vivifique toda la actividad mental de ellos. Estas *creencias supremas* los unen y homogeneizan. Viene contra ellas el período de análisis, de duda, de impugnación y de protesta; se execra la homogeneidad social, la grey, la vulgaridad y la rutina; se buscan nuevas orientaciones y se engendran *los renacimientos*; y en este período de discusión, duda y abandono, y á la par de afirmación y propaganda, atardecer de una sociedad que fenece y alborear de una que surge á la vida, las almas conservadoras se apegan á su viejo creer, por una especie de horror al vacío.—(N. del T.)